EL PERFIL DEL BOLIVARIANO EN EL NUEVO MILENIO

MONS. LUIS FERNANDO RODRÍGUEZ VELÁSQUEZ
CONTENIDO

Introducción ....................................................................................................................... 7

I. La formación integral ..................................................................................................... 9
   1. Acercamiento al concepto de formación integral .................................................... 9
   2. Características de la formación integral ............................................................... 12
   3. La formación integral en la UPB ........................................................................ 16
   4. Sugerencias para la implementación de la formación integral en la UPB ........ 19
   5. Conclusión acerca de la formación integral ........................................................ 27

II. Católica por nombre, Católica por naturaleza ............................................................. 29

III. El título de Bolivariana ............................................................................................. 37

IV. El Bolivariano del siglo XXI ...................................................................................... 47
El perfil del Bolivariano en el nuevo milenio
INTRODUCCIÓN

A lo largo del proceso de autoevaluación, que llevó a la solicitud de la acreditación institucional, aparecieron varios aspectos de gran importancia sobre los cuales fue necesario detenernos. Uno de ellos se relacionó con el factor 1 de dicho proceso, que tiene que ver con la Misión, la Visión, la identidad, la razón de ser de la Universidad, el Proyecto Institucional, el Plan de desarrollo, etc.

En más de una ocasión varios nos hicimos esta pregunta: ¿Será que la comunidad universitaria entiende lo que significa que la Universidad sea pontífica y bolivariana, y lo que aquí se entiende por formación integral? No se puede negar que en los distintos documentos existentes se hace referencia a estos elementos. Sin embargo, tampoco se puede negar que muchos están lejos de tener un conocimiento cierto acerca de lo que debemos entender por cada uno de estos factores, esenciales para nosotros en la formación que se imparte.

Hay un refrán popular que dice que nadie puede amar lo que no conoce. Y es verdad. Sólo cuando conozcamos de verdad el corazón de la Universidad, seremos capaces de quererla y de valorar todo lo que ella hace por todos y cada uno de sus miembros.

En este folleto incluyo de manera integrada, lo que pienso que es y debe ser para la Universidad la formación integral, su identidad católica y pontificia, así como las implicaciones de llevar el título de Bolivariana. Lo hago en un lenguaje sencillo para que sea comprendido por estudiantes, docentes, directivas y empleados todos. Es el resultado de unir las distintas intervenciones que sobre estos temas he expuesto en el tiempo que llevo en la rectoría.

Con esta reflexión, no pretendo modificar en nada la naturaleza de la UPB. Por el contrario, partiendo de las raíces fundacionales, presento un aporte renovado en su lenguaje, de modo que las generaciones presentes y futuras logren profundizar más en la identidad del Espíritu Bolivariano, legado perenne que deja el Fundador, Mons. Manuel José Sierra Ríos.
El perfil del Bolivariano es el proyecto de egresado que esperamos salga de nuestra institución, esto es: el profesional íntegro, el cristiano convencido y el ciudadano ejemplar.

Por esto entrego este “ídeario” de conceptos y de compromisos que soporta el ser y el quehacer de la UPB de hoy, y de la UPB de siempre, que adquiere especial significación cuando celebramos los primeros 70 años de fundación de nuestra muy querida Universidad Pontificia Bolivariana.

Mons. Luis Fernando Rodríguez Velásquez
Rector
Febrero de 2006
Año LXX de la fundación de la Universidad
I. LA FORMACIÓN INTEGRAL

1. Acercamiento al concepto de formación integral.

El año 2005 tuvo para la UPB un especial significado. Por un lado fue el abrebocas del año jubilar 2006, en el que cumplimos 70 años de existencia. Pero por el otro, ese año –más exactamente el 16 de agosto– cumplimos 60 años de haber sido erigidos y reconocidos por la Santa Sede como Universidad Pontificia. Fue el Papa Pío XII a quien le correspondió dicha aprobación y reconocimiento. En la Seccional de Bucaramanga, por ejemplo, a diferencia de las otras Seccionales, nuestra institución es conocida e identificada por la sociedad como “la Pontificia”.

Vale la pena, entonces, reflexionar acerca de lo que significa el nombre de Pontificia, que es mucho más que un adjetivo, porque hace parte de nuestra propia naturaleza e identidad. Sin embargo, nos parece que el tema de la “formación integral” está muy unido al ser de “pontificia” de la UPB, y por tanto, desde esta perspectiva se propone presentar la formación integral, como un aspecto clave para saber aplicar los objetivos esenciales de la UPB.

Es muy importante plantear esta reflexión, sobre la formación integral, aún sabiendo que acerca de ella se ha dicho bastante. Sin embargo, es un tema sobre el que aún hay mucho por decir, y sobre todo, por entender. Por otro lado, es necesario compartir con la comunidad universitaria lo que desde la Rectoría se espera de nuestra Universidad.

De seguro que en nuestro léxico, utilizamos con mucha frecuencia palabras como integral e íntegro(a). Un primer ejercicio de aproximación a lo que nos dice el diccionario de la Real Academia sobre cada una de estas palabras, nos dice:

**Integral**: “Del latín integralis. Adjetivo: global, total. Filosofía: Aplícase a las partes que entran en la composición de un todo sin serle esenciales, de manera que el todo puede subsistir, aunque incompleto, sin alguna de ellas”.

---

Íntegro: “Que no carece de ninguna de sus partes. Dícese de la persona recta, proba, intachable”.

Para cualquiera del común que lea o escuche estas definiciones, pueden sonar acertadas. Pero para la UPB, hay aspectos que se alejan de lo que como miembros de una institución educativa de Iglesia entendemos por integral e íntegro.

Lo primero que hay que decir es que hacemos parte de una universidad que pretende, como lo dice en su Misión, ofrecer una formación integral. Eso lo dicen todas las demás instituciones, privadas y estatales. Pero todas, en el fondo quieren decir algo que si bien puede coincidir en algunos puntos con los demás, es sustancialmente distinto. Más aún, casi se puede afirmar, que muchos acogen de forma simple, lo que dice el diccionario de la Real Academia, es decir, que la formación integral es la suma de “las partes que entran en la composición de un todo sin serle esenciales, de manera que el todo puede subsistir, aunque incompleto, sin alguna de ellas”.

Se pone en juego la definición de la formación integral y su aplicabilidad. En nuestro caso, y queremos que quede muy claro esto que pretedemos explicar ahora: Todos y cada uno de los elementos que constituyen la formación integral en el seno de la UPB, son esenciales, y no aportarlos de manera íntegra e integral se constituye en un despropósito, en no cumplir con responsabilidad la delicada misión que se nos ha encomendado y que libremente, cada uno de los que hacemos parte de la UPB asumimos.

En el Proyecto Institucional de la Universidad Pontificia Bolivariana, cuando se explica la Visión, se describe lo que entendemos por formación integral. Comentaremos aquí algunos de los puntos tratados en el Proyecto Institucional de la UPB.

“La formación integral, es el más calificado propósito y la directriz más importante de la Universidad Pontificia Bolivariana”

---

Así es. La UPB sabe muy bien que el fin primario, fundamental y último de toda su actividad es la formación de las personas. Ellas son su razón de ser. Más aún, como apropiándonos del pensamiento del Papa Juan Pablo II, que goza de la visión de Dios, diría que en la UPB su centro y su camino es el hombre, con todas sus fortalezas y debilidades, con sus grandezas y pequeñeces. El hombre de carne y espíritu que espera recibir no sólo instrucción sino, ante todo, formación.

 Esto debe aplicarse naturalmente a todas las instituciones de origen y orientación católicas, que tienen como principio orientador lo que el Hombre por excelencia, Cristo-Jesús, nos enseñó. La directriz doctrinal de la formación integral la encontramos ya realizada en la persona de Jesucristo, que no vino a esclavizar, sino a liberar.

 Vienen muy bien aquí las palabras del Papa Benedicto XVI en la homilía de inicio de su Pontificado, cuando afirmó:

 “Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera”.

 La base de la formación integral para nosotros la encontramos en el Evangelio, Buena Nueva de la salvación. Así pues, la misión de los formadores deberá entenderse como el anuncio a los jóvenes de la vida nueva, la que hace verdaderamente felices. Este anuncio contiene las directrices necesarias para que quien las acoja con generosidad se reconozca en su importancia y dignidad de hijo de Dios. Así entendemos muy bien por qué la formación integral “estará iluminada siempre por los valores y principios del humanismo cristiano, el cual hace posible la educación de personas capaces de asumir su proyecto personal”3.

 Indudablemente, la formación integral parte de la persona y converge en ella misma. Cada que un adolescente o joven ingresa a la Universidad, trae consigo un proyecto de vida que quiere construir. Aquí nos encontramos frente a una situación que preocupa. Muchos de quienes se matriculan en nuestra institución

 3 Ibid, p. 17.
desean sólo recibir más y más instrucción, y menos formación, identificada ésta con parámetros equivocados de una educación recibida en las familias y colegios, impuesta bajo los regímenes del miedo y la coacción. Por eso se puede percibir una actitud de rechazo –por fortuna no generalizada– a la norma y la disciplina.

Es deber de los formadores saber garantizar que los principios del orden y la disciplina no desaparezcan. Aquí viene otro reto: El de revisar la actitud de quienes dirigimos estas instituciones educativas. No podemos olvidar que si bien somos administradores, somos ante todo “formadores”, y en tal sentido tenemos el deber de estar muy cercanos a la comunidad académica, tener con ella la capacidad de la escucha y el diálogo, ser claros mas no impositivos. En la medida en que las directivas sean creíbles, la tarea que se les ha confiado será mucho más eficaz. Pero todavía hay algo más: Los formadores deben ser personas íntegras.

Otro aspecto bien importante lo encontramos en la Constitución Apostólica _Ex Corde Ecclesiae_, que dice: “...debe darse la preferencia a aquellos medios que facilitan la integración de la formación humana y profesional con los valores religiosos a la luz de la doctrina católica, con el fin de que el aprendizaje intelectual vaya unido con la dimensión religiosa de la vida”4.

Uno de los fines intrínsecos de la formación integral es “entregar al país profesionales excelentes, pero sobre todo, personas excelentes, íntegras en el sentido pleno de la palabra”5. Los egresados de las universidades, pero sobre todo de las instituciones de educación católicas, deberán distinguirse precisamente por su integridad de vida. Ellos han de apropiarse los valores y principios que con audaz pedagogía habrán recibido a lo largo de su tiempo de aprendizaje en la Universidad.

2. Características de la formación integral

En el proyecto institucional de la UPB enunciamos algunos de los valores y principios que denominamos características de la formación integral. Estos son:

· Criterio moral para respetar la vida.
· Criterio moral para respetar al otro y sus derechos.
· Valor en la búsqueda de la justicia y de la paz.
· Competencia para participar en los procesos de desarrollo y progreso social del país.
· Habilidades puestas al servicio de todos.
· Apoyo a las actividades solidarias.
· Capacidad para encontrar soluciones.
· Flexibilidad para adaptarse a los cambios del mundo y de la región.
· Manejo adecuado del poder.
· Contribución al desarrollo de la sociedad.

Sobre cada una de estas características se puede decir mucho. Sólo se enuncian para que se sepa lo que está de fondo en la educación que ofrecemos y de la enorme responsabilidad ante Dios y la entera sociedad.

En la UPB nos esforzamos por ofrecer la formación integral que se sintetiza en el decálogo que se presenta más adelante. Sin embargo, es importante entender y hacer entender otro aspecto, también de suma importancia. Nos referimos a los agentes de la formación integral.

No resulta del todo fácil definir los perfiles de quienes han de asumir la formación de los futuros profesionales. Partimos de algo muy simple, pero que es real: La formación integral es una tarea que compete a toda la comunidad universitaria, desde el portero de la entrada principal, hasta el más encumbrado de los investigadores. Todos tenemos un papel crucial en la formación de los jóvenes. La manera de ser y de vivir son una cátedra permanente. La Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae es muy clara sobre este punto al indicar que:

“La responsabilidad de mantener y fortalecer la identidad católica de la universidad compete en primer lugar a la Universidad misma […] y exige por tanto, la contratación del personal universitario adecuado –especialmente profesores y personal administrativo- que esté dispuesto y capacitado para promover tal identidad”6.

En este sentido, es deber de las directivas el velar porque todos los miembros de la Universidad conozcan las orientaciones y normas que nos rigen. Es clave para lograr la meta de la formación integral que este servicio no sea impuesto, sino que todos y cada uno de los docentes y administrativos lo hagan por convicción. La pasividad no puede servir de excusa puesto que en relación a temas de formación, todos somos responsables.

Pero, retomemos los destinatarios de la formación integral, los estudiantes. Si bien son claras las características fundamentales de la formación integral que deben tener en cuenta los formadores, nos encontramos con una realidad, a decir verdad, bien complicada. Nos referimos al estado o situaciones con las que llegan a la Universidad muchos de los estudiantes. Esto hace que la formación integral parta no de supuestos (como si ellos hubieran recibido ya una adecuada y suficiente formación en los hogares y colegios de origen), sino de realidades que nos abren los ojos para entender que el tema de la formación integral es más complejo de lo que se piensa y que, en la Universidad, ha llegado el tiempo de realizar tareas que a otros competen, aunque somos conscientes de la obligación de hacer cumplir el principio de subsidiariedad*

2.1. Hay un hecho indiscutible y es el ingreso a la universidad en edades cada vez menores. Hoy en día es muy común recibir “adolescentes” de 15 y 16 años. Es necesario insistir en el término “adolescente” que hemos utilizado, para no hablar de niños en la universidad. Aunque no son raros tampoco los casos de jóvenes y estudiantes adultos que actúan como niños, no deja de preocupar el que muchos no quieren “envejecer” y son portadores en sus vidas, sin notarlo, del llamado síndrome de Peter Pan.

En estas edades, así se hubiera avanzado mucho, toda persona posee en sí una alta dosis de inestabilidad. No podemos olvidar que las excepciones existen, pero tampoco se puede negar que entonces la decisión de elegir profesión produce

* Este principio de la subsidiariedad se refiere al hecho de que nadie puede abrogarse derechos o funciones que a otros corresponden. En el caso de la educación, sobre todo la básica, los padres de familia son los primeros responsables y la escuela, complementa. En la educación superior, el Estado es el primer responsable y la Iglesia (en este caso), complementa.

una gran crisis personal. La deserción universitaria, en parte, encuentra aquí una suficiente respuesta que puede ser evitada al máximo cuando se pongan en práctica pedagogías más acordes a las edades y angustias de los estudiantes.

2.2. Muchos de los que ingresan a la Universidad aducen soledad y vacío. No lo dicen pero lo expresan con sus actitudes y requerimientos. Por desgracia las crisis matrimoniales están lanzando al mundo de la universidad innumerables víctimas inocentes. Nuestros adolescentes y jóvenes encuentran muchas veces en la universidad su seguro refugio y, en ocasiones, su segunda y más sentida familia.

2.3. Unido a lo anterior, y como consecuencia de una inadecuada formación, muchos de nuestros estudiantes ingresan a la universidad afectados ya desde la temprana edad por toda clase de enfermedades entre las que valen la pena destacar las físicas y las perturbaciones mentales, psicológicas y de la personalidad. Es este un fenómeno nuevo al cual debemos poner especial atención.

2.4. Los mass media y las realidades actuales han creado una cultura light, de bienestar y del “no” al sacrificio y al esfuerzo. Si por bondad de Dios todavía hay jóvenes que no le huyen a la cruz de la responsabilidad, sí son cada vez más numerosos los que prefieren una vida muelle y sin penas. Tal vez la nueva evaluación por logros en los colegios, donde es bien difícil perder el año, los acostumbró a esto. Convendrá, como propósito institucional, ampliar y profundizar en este tema, a partir del concepto de “evaluación de los aprendizajes”, mediante el cual debe (y deberá) buscarse un equilibrio entre “información” y “formación”, para garantizar la integralidad. En este tema precisamente, la UPB ha hecho significativos esfuerzos por introducir una concepción más acorde con su Proyecto Institucional, vinculada a las directrices de “autorregulación” y “calidad”. Las tutorías son un ejemplo de motivación al estudiante hacia un compromiso con el permanente seguimiento de sí mismo y de sus propósitos formativos y académicos.

2.5. Esa cultura light está generando un estilo de vida sin ética, sin moral, sin ley. El principio de la vida honesta se traduce en tantos en una vida exitosa sin importar el cómo. ¿Cómo interpretar el totalitarismo, cuando de la educación se trata? ¿Cómo leer el problema de la cultura del no pago pero exigiendo el derecho al estudio en las instituciones privadas?
2.6. ¿Qué decir de las crisis religiosas y de fe? En el año 2005 fuimos testigos de excepción de dos acontecimientos que han marcado profundamente el rumbo de la historia reciente y futura. La muerte de Juan Pablo II el Grande, y el inicio del Pontificado de otro grande, Benedicto XVI. Este último, en su homilía a la que hemos hecho alusión antes, afirmó que “la Iglesia está viva”. Eso es cierto. Pero no dejan de preocupar, por una parte, la ignorancia y, por otra, la indiferencia religiosa. El secularismo está tomando cada vez más fuerza y nuestros jóvenes muchas veces caen en la tentación de suplir o reemplazar a Dios por “remedos” de dios. Un reto enorme existe cuando se piensa en la misión evangelizadora que tenemos entre manos.

2.7. Finalmente, el tecnicismo, la tecnología y la informática han entrado a jugar un papel significativo en la vida de los estudiantes contemporáneos. Muchos poseen destrezas técnicas y conocimientos aplicados a su quehacer específico, pero no están debidamente formados ni dispuestos para pensar en lo esencial, para plantearse las preguntas radicales desde la existencia, para analizar, con criterios éticos e intelectuales, situaciones y problemas de su vida personal y social. El imán de los celulares, computadores y videos los absorbe y no los deja mirar lejos. Más aún, se corre el riesgo de que la ciencia desplace los valores fundamentales y hasta al mismo Dios.

3. La formación integral en la UPB.

Ante una realidad como la descrita anteriormente, cabe entonces preguntarnos acerca de cómo garantizar en la Universidad una formación que trascienda los acontecimientos meramente intelectuales hacia unos conocimientos vitales que sirvan de soporte al intelecto.

Lo primero que pensamos que debemos hacer, es formar a los formadores. Mientras los docentes no tomen conciencia de la urgente necesidad de formar integralmente a sus estudiantes, la letra, letra queda, y en el fondo se puede engañar a los padres de familia y a los mismos estudiantes que eligen nuestra institución motivados por la formación integral que decimos ofrecer.

Ya se ha dicho, y no sobra repetirlo, que es del todo fundamental que los docentes de la UPB tengan una vida coherente y acorde a los principios del humanismo cristiano.
Se puede traer a colación lo que San Agustín, comentando uno de los salmos afirma: “Si no cesamos en nuestra buena conducta, alabaremos a Dios continuamente. Dejas de alabar a Dios cuando te apartas de la justicia y de lo que a Él le place. Si nunca te desvías del buen camino, aunque calle tu lengua, habla tu conducta”.

Por otro lado, es más que urgente motivar adecuadamente a los estudiantes para que acojan con positivo entusiasmo la formación integral. Ellos han de entender que ésta no es un “relleno”, sino que es esencial en su vida.

Sobre el cómo ofrecer los elementos componentes de la formación integral, consideramos que de parte de todos los miembros de la comunidad académica (directivos y docentes particularmente) debe haber convencimiento, unidad de criterios y creatividad. La formación integral, para mejor decir, no sólo se enseña, se ofrece y se vive. Silenciosamente debe permear todas y cada una de las actividades curriculares y extracurriculares en la universidad. Por ejemplo, la ética se ofrece y se vive. Corresponde esto a todos los docentes, en todos los cursos.

La formación integral parte de la persona, con las fortalezas y limitaciones que posee. Por esto mismo se exige que la formación integral sea aterrizada, concreta, colectiva (cuando se trate de valores comunes) e individual, porque cada alumno es diverso en su historia y necesidades. Esto hace que en la medida en que el trato sea cercano y se eliminen los números y la organización como fichas de los estudiantes, ellos entenderán mucho mejor las llamadas de atención y todo lo que tenga que ver con su formación.

Si bien la formación integral tiene que ver en muchos de sus aspectos con la ética y la moral, es necesario que frente a diversos tópicos difíciles de entender, se tengan sólidos argumentos. Para que la formación integral llegue a buen puerto, debe estar apoyada en la razón, que convence y aplaca toda clase de prevención. Hay un vasto material bibliográfico del Magisterio eclesial y de otras fuentes, que sirven de ayuda para argumentar los “¿por qué?”, que se puedan presentar.

8 SAN AGUSTIN. Comentario al salmo 148. Liturgia de las Horas, tomo II p. 874.
Para ser efectivo en lo que tiene que ver con la formación integral, se deberá ser verdaderamente creativo. En la UPB, se creó la Vicerrectoría Pastoral que, como apoyo administrativo, ayuda al Rector a coordinar todo lo que se relaciona con la formación en valores, en la identidad católica, en el acompañamiento de cada uno de los estudiantes y sus familias, en el sello UPB, en la formación en valores ciudadanos a través de programas y actividades curriculares y extracurriculares.

Elemento de crucial valor ha sido la implementación de los tutores para los estudiantes de los primeros años. Estos son elegidos entre los docentes de mayor experiencia y capacidad de diálogo y entendimiento con los más jóvenes. Con ellos se ha podido detectar la multiplicidad de problemáticas que traen sobre sus espaldas los jóvenes de hoy.

Los tutores son preparados por el departamento de Bienestar Universitario con elementos básicos de psicología. Estos elementos en ocasiones han servido, entre otras cosas, para analizar la limitada capacidad de aprendizaje en algunos de los estudiantes. Se ha visto que la lecto-escritura es baja en muchos de los que ingresan a la Universidad. Los tutores, cuando se encuentran frente a situaciones complejas, remiten los estudiantes a los profesionales correspondientes.

Apoyo de singular valía es el que brindan los capellanes que acompañan a cada persona en el fuero interno. Recomendamos que la figura de los capellanes se defienda y no se confunda con los psicorientadores u otras figuras que prestan sus servicios en las instituciones de educación básica, media y superior.

Es necesario que los estudiantes descubran la dimensión trascendental de sus vidas. Como dicen los filósofos, cada ser humano es un ser religado, que tiende a lo espiritual. Por esto, en la formación integral esta dimensión debe ser tenida en cuenta, y más en las instituciones católicas. Sin embargo, debe haber plena claridad en que la formación integral no puede identificarse con la religión; ella va más lejos. De allí que en las instituciones católicas, en donde es posible que se cuente con alumnos de confesiones religiosas no católicas, la formación integral también los debe incluir, como ha sido la experiencia desde la fundación en la UPB.

Es recomendable además que en el grupo de tutores, asesores, psicólogos y directores espirituales, se pueda contar con especialistas de ambos sexos,
destinados a la dirección espiritual y el acompañamiento a los estudiantes incluso a los que profesen otras creencias.

La formación integral en la UPB, como se ha dicho, tendrá que ser transversal, es decir, presente en todos y cada uno de los momentos y lugares. Ella exige de los directivos y docentes paciencia, madurez, firmeza y verdad.

Otro aspecto relacionado con la formación integral es la posibilidad de medir sus resultados. Alrededor de esta actividad hay mucho de intangible, muchas cosas que se hacen pero no se pueden medir ni cuantificar, pero que influyen necesariamente en la vida de todos.

Pero sí hay una manera de “medir” la formación integral. Consiste en la capacidad de transformación social y humana de los egresados. Cada egresado, los que sobresalen profesionalmente, o los que silenciosamente trabajan por el desarrollo del país y de sus familias, son el termómetro con el que se puede “medir” hasta donde llegó toda la formación recibida en la Universidad.

4. Sugerencias para la implementación de la formación integral en la UPB.

Retomando la doctrina que encontramos en documentos como el Decreto Gravissimum educationis del Concilio Vaticano II, sobre la educación católica en la Iglesia, y la Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae –Desde el corazón de la Iglesia–, sobre las Universidades católicas, subrayaremos en un lenguaje sencillo, los elementos que hemos considerado que no pueden faltar en la acción educadora que llevamos a cabo en la UPB, y que decimos, está diferenciada por la formación integral que ofrecemos.

En un decálogo expresamos esto:

4.1. La formación que ofrezcamos en la UPB del nuevo milenio deberá tener, en el centro de todo, a la persona.

La persona es un ser en el mundo, que acontece sexuadamente como hombre o mujer; un ser libre capacitado para elegir, lo cual lo hace estructuralmente, moral.
Es un ser único e irrepetible. Al decir de Kant, posee un valor absoluto el que denominamos dignidad y que, según la Iglesia, comienza desde el momento mismo de la concepción. Un ser que aunque situado en un aquí y un ahora concretos, tiene como una de sus dimensiones esenciales el hecho de ser “futurizo”, esto es, la capacidad de anticipar y planear; pero del mismo modo que está vuelto al porvenir, puede rememorar críticamente su pasado. Así pues, la memoria crítica del ayer y el situarse proyectivamente en el presente, lo hace un ser histórico, un ser que da cuenta de su devenir y que lo puede encausar. De igual forma, la persona es un ser social, capaz de las más excelsas virtudes y, aún, de los más vituperables vicios, es así como puede ser generoso y solidario o egoísta y mezquino. Según San Agustín, es un ser “capaz de Dios”, lo que es, abierto a la trascendencia, a lo Insondable. En suma, es un ser cultural, hacedor de cultura y producto de ella.

Es la persona sujeto de derechos y deberes, es la persona que lucha por su dignidad, porque ella toda es digna. Es la persona que en Cristo y por Cristo ha sido rescatada, y en Cristo encuentra su plena realización. Por eso el humanismo sobre el que hemos de insistir aquí no puede ser el utilitarista, ni el materialista, ni el sin sentido; es el humanismo cristiano, fuente de liberación del hombre, respuesta a tantos interrogantes, para todos, cristianos o no.

En medio de un mundo en el que se forman profesionales sin corazón, tenemos la imperante obligación de formar profesionales con alma, “hombres”, en el sentido pleno de la palabra como lo expresaba san Ignacio de Antioquía, antes de ser devorado por las fieras.

Si para la Iglesia su camino es el hombre, para nosotros miembros de la UPB, nuestro camino, nuestro polo de interés es el hombre, son nuestros estudiantes, que vienen a nosotros cargados de esperanzas, llenos de ilusión, pero a la vez, sumidos en el temor. No son jóvenes que lleguen a nosotros vacíos de conocimientos, son jóvenes –hombres y mujeres– que ingresan a la universidad con experiencias de toda clase, con un desarrollo mental como nunca se ha conocido antes, y con la capacidad de ser ellos mismos los constructores de su propio futuro.

Pero a pesar de todo esto, llegan con la carga de una debilidad que los hace frágiles. Por eso el humanismo como opción, debe saber dar respuesta a los
múltiples interrogantes que ellos tienen. Este humanismo ellos esperan encontrarlo en sus docentes, a través del trato humano, es decir, respetuoso y a la vez afectuoso que reciban.

El humanismo cristiano sobre el que debemos trabajar, es mucho más amplio de lo que podemos imaginar. Es respeto, es la voluntad de comprensión*, es exigencia, es disciplina, es afecto, es interés por el otro y por sus necesidades y sus triunfos, es acogida, es decisión. Y no se puede olvidar que por parte del docente, es también coherencia y buen ejemplo. Es por esto por lo que se debe afirmar con radicalidad que la formación integral e íntegra, tiene su origen en los docentes y demás personal de apoyo administrativo.

Nuestro primer elemento del decálogo de la formación integral en la UPB, es que sea humana.

4.2. Afirmamos que la educación es el arte de enseñar a volar.

Sí. El arte de hacer conocer a los alumnos sus fortalezas, para que un día puedan alzar vuelo y ser libres.

La educación fundamentada en el concepto de aprendizaje, más que en el de “enseñanza”, busca que, mediante el desarrollo de las competencias y del auto aprendizaje, los alumnos descubran la maravillosa experiencia de ser libres.

En conversaciones con estudiantes –e incluso, docentes– acerca del cambio en los paradigmas metodológicos y pedagógicos que se deben adoptar, y que exige de todos un cambio radical en los esquemas tradicionales de la enseñanza superior, hemos comprendido dos cosas: De un lado, la desconfianza sembrada en los docentes de la imposibilidad de que los alumnos puedan adelantar por ellos mismos procesos académicos y de aprendizaje; muchos creen que ellos no pueden volar. Por otro lado, el temor de los mismos estudiantes de lanzarse al vacío y de abrir sus alas, porque tampoco creen que puedan levantar vuelo.

* Para la Iglesia, la “voluntad de comprensión” tiene como fundamento esencial la Caridad. Es sustancialmente diferente al generalizado término de “tolerancia”, que se orienta más por la idea de “viva y deje vivir”, sin el sustento del “compartir” y de la solidaridad, en el sentido cristiano.
 Esto significa entonces que la educación superior, y particularmente la que ofrezcamos en la UPB, debe ser una educación marcada por la confianza. El arte de hacer volar es el arte de enseñar a ser libres. Nuestros alumnos tienen mucho que dar, más de lo que nosotros mismos podemos imaginar.

Pero atención, ese enseñar a ser libres no puede confundirse con el libertinaje. Debe ser una enseñanza en la verdad y la responsabilidad, entendida ésta como la capacidad de dar cuenta y razón, de responder por nuestros actos, en primera instancia, ante nuestra propia conciencia y, en segunda, ante Dios y los otros.

Nuestro segundo elemento del decálogo de la formación integral, es formar en la libertad responsable y para la libertad.

4.3. Una de las cosas que más molesta a la juventud, de hoy y de siempre, es la injusticia.

Cuando hablamos con los empresarios y se les pregunta qué aspectos de nuestros egresados subrayan ellos como más sobresalientes, mencionan la calidez humana, la honradez y la justicia. En un mundo que ha perdido la noción de la justicia y que se ha acostumbrado a la injusticia, estamos llamados a formar en los estudiantes bolivarianos unas conciencias rectas que no sólo se molesten ante situaciones de injusticia, sino que se esfuercen por implantar y vivir la justicia, cada uno en su propio lugar. Es la manera como podemos aportar algo a la construcción de una nueva sociedad, en paz.

Nuestro tercer elemento del decálogo de la formación integral es la vivencia de la justicia.

4.4. La solidaridad es y debe ser otra de las virtudes que debe conocer y vivir nuestra familia bolivariana.

Pero es necesario insistir en que esa solidaridad es la que Jesús nos enseñó, que consiste en ser capaz de dar la vida por los amigos y hasta por los enemigos. No puede ser la solidaridad para cohonestar con los demás para encubrir o callar. Es la solidaridad con base en la verdad y en la rectitud de intención; lo contrario es complicidad.
La formación que ofrezcamos en la UPB debe incentivar la generosidad, en contraposición al egoísmo y a la cerrazón. Es la capacidad de la entrega total y del servicio. Es la capacidad de acompañar y escuchar. Un docente solidario con el estudiante es aquel que se esfuerza por entenderlo y exigirle según sus capacidades y posibilidades.

**La solidaridad** es propia de quienes tienen corazón humilde. Pero es una virtud que se aprende y se cultiva; por ello, es el cuarto elemento del decálogo de la formación integral.

4.5. *La sensibilidad social no puede faltar en la formación universitaria.*

De hecho si pensamos en los fines de cada uno de los programas académicos existentes en la UPB, nos podemos percatar de que todos tienen sentido sólo y en la medida en que se proyecten socialmente.

La sensibilidad social a la que nos referimos, si bien abarca la capacidad de comprender las necesidades de los demás y de no sentirse ajeno a las realidades sociales, es la capacidad de proponer soluciones y ayudar en casos concretos. Esta sensibilidad social debe responder a una pregunta: ¿Por qué escogí esta carrera?

Las profesiones, cualesquiera sean, sólo podrán realizar a la persona, cuando se entiendan como una oportunidad de trabajar por el desarrollo y transformación del mundo, y con él, del hombre. El fin de toda profesión debe ser la transformación social y humana. Si los que estamos aquí, cuando enseñamos o administramos o estudiamos no entendemos que con nuestro trabajo estamos aportando nuestro grano de arena al mejoramiento del mundo y a la construcción de una nueva sociedad, rápido encontramos la fatiga y el desgano. Por el contrario, si somos conscientes de la importancia de lo que hacemos y de lo que representa en un contexto global, nos sentimos felices. Un refrán chino dice que “cuando se salva una vida es como si se salvara el mundo entero”. Nosotros podemos decir, que cuando educamos una persona, estamos educando generaciones enteras, estamos transformando el mundo.

Sentirse útil es lo que hace que el hombre se sienta persona y mantenga alta su autoestima. Enseñar a sentirse útil e importante es garantía para que los
profesionales del mañana sepan trabajar con entusiasmo, con ganas, y ante las dificultades, no decaigan.

La sensibilidad social puede entenderse como la capacidad de sentirse copartícipe en la obra creadora de Dios, por lo que nuestros egresados no pueden hacerse los ciegos ante el sufrimiento humano y mucho menos, dejar de aportar al desarrollo de la ciudad y del país.

Por eso, en nuestro decálogo de la formación integral la sensibilidad social ocupa un lugar especial.

4.6. La generosidad ha de ser un distintivo particular del bolivariano.

La generosidad es una virtud que genera vínculos de colaboración, servicio y confianza; permite el desarrollo y el mejoramiento. Es la virtud, que opuesta a la pereza, se constituye en una valiosa herramienta de construcción. Los bríos de la juventud se confunden con la generosidad, y es de suma importancia que sea rescatada en ellos.

Entendemos la generosidad como la disponibilidad al cambio personal, comunitario y académico. Es la capacidad de comprender nuevas realidades y de adaptarse a ellas sin crisis ni pataletas.

La generosidad como virtud, es básica en la formación que hemos de ofrecer a nuestros alumnos, por eso hace parte del decálogo de la formación integral.

4.7. La responsabilidad y la ética. Una persona ética es responsable.

Quien es responsable es ético. La formación integral que ofrecemos en la UPB no puede hacer caso omiso a esta obligación. Es la ética que se aprende y se aplica en una doble vía: Los docentes y los alumnos, quienes se forman recíprocamente.

Los docentes están obligados a dar un testimonio coherente y a ser reflejos de una ética clara y sin tacha. Los docentes deben ser “íntegros”. Causa gran dolor el conocer las quejas sobre docentes que no preparan su material, o no se presentan al curso, o no están en sus clases el tiempo exigido. O, lo que es peor, docentes que pueden hacer mal uso de su autoridad o son injustos en sus decisiones.
No podemos olvidar que el docente, en cuanto maestro, es un ejemplo viviente. Ante la sociedad, ante las familias y ante los mismos estudiantes, los docentes tenemos una grande responsabilidad y aún más, la obligación de poder mirar con transparencia a los ojos de nuestros estudiantes y superiores.

Por otro lado, los estudiantes deben aprender el valor de la ética como comportamiento recto y honesto. En medio de una cultura de la deshonestidad y de la vida fácil, nuestros alumnos deben aprender la virtud de la renuncia y de la capacidad de luchar contra la corrupción, que como león agazapado pretende irrumper en todos los ambientes.

Es más que necesario inculcar en las nuevas generaciones una cultura de la justicia, que tenga como base la reconciliación. Aquí el mensaje para la Jornada mundial de la paz del año 2005 adquiere toda su fuerza, y para nosotros un compromiso: “No te dejes vencer por el mal. Antes bien, vence el mal con el bien” (Rom. 12, 21).

Esta es la cultura de la honestidad que debemos en la UPB saber tallar en las conciencias de todos nuestros estudiantes y exigir en los docentes y demás empleados. Quienes se formen en la UPB deberán salir de nuestros claustros con la capacidad de vencer el mal, en todas sus formas, pero a fuerza de bien.

La formación integral, como algo lleno de fuerza y verdad, tiene que asegurar que tanto estudiantes como docentes, sean personas responsables y éticas. Este es el séptimo elemento del decálogo de formación integral.

4.8. La excelencia académica no puede faltar en este decálogo.

Mal haríamos en la UPB si este aspecto no lo tuviéramos en cuenta siempre. Es nuestro deber formar excelentes personas y cualificados profesionales que sean capaces de enfrentar el mundo, y de transformarlo con el ejercicio de su inteligencia y saber.

No sobra decir que uno de los macroproyectos de la UPB es asegurar la excelencia académica de nuestros estudiantes. Pero para lograr esto es indudable que esa excelencia debe estar presente también en los docentes.
La UPB se ha sabido ganar espacios importantes en la ciudad y en el país, gracias a la excelencia profesional de sus egresados. Ante los nuevos retos, llámense TLC, o reformas curriculares, o transformaciones socio-políticas y económicas, tenemos que formar con altos estándares de calidad. Es ese nuestro propósito: que seamos exigentes con nuestros estudiantes.

Nuestra Universidad tiene el gran compromiso social de formar excelentes profesionales a través de la docencia, la investigación, la extensión y la proyección social. Por eso la excelencia académica hace parte del decálogo de formación integral.

**4.9. El sentido de fe. Esta dimensión la entendemos como la talla del espíritu.**

Todos los que conformamos la familia universitaria de la UPB somos personas, y como tales, estamos llamados a la realización y plenitud de vida. Por tanto, la dimensión trascendente o trascendental no puede estar ausente de la tarea educativa que llevamos a cabo en la UPB. Más aún, de todas formas somos creyentes, es decir, hombres y mujeres de fe los que hacemos parte de la UPB, y la inmensa mayoría profesamos la fe cristiana y católica. En la UPB propendemos por motivar el sentido de la fe, primero en Dios, dador de todo bien, luego en nosotros mismos y finalmente, en los demás. Es la fe que se hace vida, la fe que se transforma en aliciente para luchar ante los trabajos y la adversidad. Es la fe que permite redescubrir la dignidad de personas para no perder la propia estima.

En la UPB se fomenta la educación en la fe que tiene que ver con los valores religiosos (la fe cristiana y católica), pero también la fe propiamente antropológica, aunque una y otra no se entienden separadamente. La actividad de la Vicerrectoría Pastoral tiene entre sus objetivos el ayudar a la integración o coherencia entre la fe y la vida de los integrantes de la comunidad de la UPB.

**4.10. La catolicidad. Esta debe ser entendida en sus dos sentidos.**

Primero, la palabra catolicidad, hace pensar en la universalidad. La UPB, en cuanto universidad compleja, no puede dejar de ser universal, católica. Es clave entonces seguir trabajando para la consolidación de la UPB como universidad compleja y nacional.
Segundo, la palabra catolicidad hace también referencia a los principios doctrinales que están como fundamento en la base de la misión universitaria. Como institución pontificia nosotros tenemos que salvaguardar nuestra identidad*. La comunión eclesial tiene que ser el distintivo de nuestro trabajo.

En síntesis, en la formación integral que ofrecemos en la UPB no pueden estar ausentes el humanismo, la libertad, la justicia, la solidaridad, la sensibilidad social, la generosidad, la responsabilidad, la excelencia académica, el sentido de fe y la catolicidad.

5. Conclusión acerca de la formación integral.

No se puede olvidar, en nuestro caso, que la formación integral debe regirse por los principios evangélicos y las orientaciones generales de la moral católica. Ello garantiza la identidad de la UPB que ha de entender, que aparte de todo, tiene la noble tarea de evangelizar la cultura y de ofrecer a la comunidad académica razones para vivir.

Cuando se hable de la formación integral en general, deberemos comprender que la formación que ofrecemos es, a la vez, íntegra, esto es, sin engaños, veraz, universal, inter y transdisciplinar, interrelacionada con los diversos saberes, abierta al cambio, humana, pluralista, ética, católica y con excedentes de calidad académica e investigativa.

Por todo esto, la formación integral supera todo presupuesto ideológico o religioso. Va mucho más allá de unos cursos de humanismo. Implica la vida de toda la Universidad.

En los últimos tiempos, los pedagogos hablan de la importancia de aprender a ser, aprender a trascender, aprender a hacer, aprender a aprender y aprender a desaprender**. **Con la formación integral decimos que se ayuda a los

* Dada la especial condición de la UPB, en tanto católica, el capítulo II del presente documento amplía tanto su fundamentación, como sus alcances y propósitos.

** La UNESCO adoptó para sus políticas la base de este planteamiento, a partir del texto de Jacques Delhors, “La educación es un tesoro”. Para la UPB es además indispensable y en coherencia con su misión y su visión, el aprender a trascender.
**estudiantes a saber vivir.** He aquí el fin primario y último de la formación integral en la universidad: dar elementos simples, objetivos y muy humanos para que los jóvenes y estudiantes que están en formación, incluso en los ciclos avanzados, sepan vivir en plenitud.

Para las universidades católicas, la formación integral no es algo de libre opción. Es de imperante obligación. Y como esta formación parte de la persona, es necesario que se pida la acción del Espíritu Santo. Él ofrece el discernimiento necesario para saber llevar a cabo no sólo lo que los estudiantes desean, sino también, y es lo más importante, lo que ellos necesitan.

Por último, si damos una lectura rápida al texto del Espíritu Bolivariano escrito por Mons. Manuel José Sierra Ríos, primer Rector, encontramos que aparecen en palabras muy suyas, lo que aquí hemos querido exponer acerca de la formación integral en la UPB, con el objetivo de alcanzar un perfil específico de nuestros estudiantes, egresados y demás miembros de esta comunidad universitaria. En uno de sus apartes el texto nos dice:

> “En su vida privada, el Bolivariano buscará en todos los momentos su perfeccionamiento; en la vida pública será un perfecto ciudadano, intachable en sus maneras, caritativo con los pobres, justo con sus inferiores; si la vida o las necesidades de la patria lo llevan a la política, no se dejará dominar por resentimientos o por mezquinos intereses y buscará siempre el engrandecimiento de Colombia; en la vida profesional recordará que la sociedad requiere de sus servicios y dirigirá todos sus actos por la justicia conmutativa y social, pues de ellos ha de dar cuenta al Todopoderoso”.
II. CATÓLICA POR NOMBRE, CATÓLICA POR NATURALEZA

La UPB se fundó en 1936 y en 1945 fue erigida como Pontificia. No podía ser del todo común que una institución de apenas nueve años de fundación, en un país del tercer mundo, con exigüas posibilidades económicas, fuera vista con ojos de benevolencia por la Santa Sede, al punto tal de erigirla como Pontificia. De seguro, que con mirada crítica, se pueden allegar distintas conclusiones, todas positivas, que se convierten en compromiso para responder con altura a la confianza depositada.

La Universidad “nació grande”, se ha dicho acerca de la UPB. Una visión de futuro amplia ha acompañado desde siempre a quienes han tenido la responsabilidad de animar y orientar su destino. Y esto es más que evidente. En sus setenta años de existencia la UPB ha logrado un gran desarrollo. Los programas académicos se han consolidado, y la proyección social de la Universidad igualmente se fortalece.

Sin embargo, vale la pena detenernos un tanto en lo que significa para la UPB su nombre de pontificia.

La UPB no sólo es católica por nombre, es católica por naturaleza. Nacida del corazón de la Iglesia, la UPB comienza su historia con el afán de garantizar que el Evangelio pueda ser anunciado, y que los católicos de la ciudad de Medellín tuvieran un lugar en el que libremente pudieran adelantar sus estudios universitarios.

Es necesario hacer una clarificación de connotación histórica. Cuando decimos que la UPB nace del corazón de la Iglesia, no se puede negar que la iniciativa de su fundación es de los laicos de Medellín, bajo el liderazgo del Dr. Alfredo Cock Arango. Él, animado por motivos de fe, se dirige al Arzobispo de la época, le da a conocer sus preocupaciones y la urgente necesidad de que Medellín contara con un espacio de educación distinto, de clara orientación católica.
Nacida del corazón de la Iglesia significa que la UPB nace no necesariamente de la jerarquía eclesiástica, sino del pueblo de Dios, que es Iglesia. El Código de Derecho Canónico de 1917, y de manera especial el actual de 1983⁹, confiere a los fieles cristianos y a los laicos la posibilidad de ser pro-activos en el desarrollo de la comunidad eclesial. La Iglesia es obra de todos, y cada uno, laicos, religiosos, clérigos tienen su papel, importante y necesario.

Aun cuando hubo una motivación de carácter externo para la creación de la UPB –la falta de libertad religiosa y los entonces crecientes laicismo y anticlericalismo–, es bueno anotar que la UPB, a pesar de su clara orientación católica, siempre ha tenido entre sus miembros personal no católico, a quienes se le pide y se les da respeto. En la actualidad, el número de estudiantes tanto de otras confesiones religiosas como de no creyentes y no practicantes es amplio, lo que se puede decir también respecto a la multiplicidad de posiciones ideológicas y políticas, siempre en un ámbito de respeto, comprensión, colaboración y amistad.

El origen católico de la UPB hace que se piense en otra dimensión, la trascendente. Transcribo la descripción que hace el Papa Juan Pablo II de la Universidad Católica:

“Puesto que el objetivo de una Universidad Católica es el de garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura, ella debe poseer, en cuanto católica, las características esenciales siguientes:

1. Una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino de la Comunidad universitaria como tal,

2. Una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;

3. La fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;

4. El esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida.\textsuperscript{10}

La Universidad Católica, como tiene en el centro de todo su actuar al hombre, entiende que lo espiritual es lo que da sentido a su misión.

La Universidad católica, precisamente por ser universidad, esto es, espacio para la difusión, transmisión y profundización del conocimiento, tiene que distinguirse, primero que todo, por su calidad académica, su apertura, y su capacidad de interactuar ampliamente con su entorno.

La Universidad, en sí misma, es universal, de allí su nombre. La UPB, desde su mismo nacimiento, ha querido proyectarse con grandeza de ánimo. Nace en Medellín, pero con visión de futuro y de universo.

La UPB hace gala de su denominación, no sólo en cuanto partícipe de las preocupaciones de la Iglesia Universal, sino también en cuanto quiere involucrarse directamente en el desarrollo del país. Su Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, con la que comienza su devenir histórico, es un signo elocuente de esto. Insignes abogados, de demostradas virtudes cristianas, dan comienzo a una historia de éxitos y luchas. La Sagrada Escritura siempre estuvo presente junto al libro de leyes, y luego, a los muy pocos años, en los salones del Colegio y de los laboratorios de la entonces naciente Facultad de Ingeniería Química.\textsuperscript{*}

Los Rectores han sabido imprimir un sello de identidad católica, con una nota característica: la apertura y el respeto a los no católicos. Esto denota, a las claras, la madurez con la que se desenvuelve la UPB. Sin proselitismos fanáticos que crean división, sino con el anuncio sereno pero eficaz del Evangelio de Jesucristo y de la Iglesia católica.


* El Colegio se fundó en 1937, la Facultad de Ingeniería Química en 1938 y la Facultad de Arquitectura en 1943.
Aún hoy, esta dimensión se quiere hacer evidente, y a través de las nuevas estructuras administrativas** se pretende garantizar que el objetivo de la Evangelización de la Cultura sea una realidad indiscutible.

La UPB, que mira hacia el futuro con esperanza, celebra el sexagésimo aniversario del sello pontificio consciente de que los tiempos y realidades han cambiado, y que el nombre de Pontificia tiene que ser, por tanto, más que un nombre. Su vinculación a la Iglesia Católica es vinculación intrínseca con el Señor. Y esto significa para la UPB:

- La necesidad de garantizar a todos sus estudiantes una formación íntegra e integral, según los parámetros del humanismo cristiano.
- Tener una absoluta claridad acerca de su identidad católica y de las exigencias lógicas que de ella se derivan, principalmente, a las directivas. La coherencia entre la vida y la fe, debe ser un distintivo especial en quienes hacen parte de la UPB.
- Propiciar una formación académica de calidad que haga de los egresados bolivarianos, unos profesionales dotados de las competencias requeridas para su trabajo y de virtudes humanas significativas.

*La catolicidad*, entonces, va mucho más lejos de la profesión de una fe religiosa. Significa para la UPB –lo mismo que el nombre de Pontificia– ser en el mundo un puente que propicie la comunión, la fraternidad y la semilla de la esperanza para muchos. De igual manera, significa estar en estrecha relación con la Iglesia Local y Universal, y entender que en el Papa se encuentra el “perno” de la unidad y de esa comunión que el mismo Jesús tanto anheló: “Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti” (Jn. 17, 21).

Ahora bien, esa comunión y unidad, se logra a través del encuentro de personas. Por ello “La Universidad Católica […] permite a la Iglesia establecer un diálogo de fecundidad incomparable con todos los hombres de cualquier cultura”11. Ese diálogo, *interdisciplinario* por excelencia, es otra connotación importante en la UPB.

** En 1998 se creó la Vicerrectoría Pastoral.
Resulta muy interesante otro de los objetivos de la Universidad Católica descrita en la Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, que se refiere también al tema de la comunión. Dice así. “Su tarea privilegiada [la de la Universidad Católica] es la de unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”12. Y dirá con un marcado entusiasmo, que “es un honor y una responsabilidad de la Universidad Católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad”13. Aquí nos encontramos en el punto central de la identidad católica de la UPB: ser servidora de la verdad.

La pregunta que surge de inmediato es esta: ¿Cuál verdad se busca en una Universidad Católica?

En una Universidad como la UPB, se debe propender por la investigación y la innovación. Investigar significa, en términos del diccionario de la Real Academia, “Hacer diligencias para descubrir una cosa. Realizar actividades intelectuales y experimentales de modo sistemático con el propósito de aumentar los conocimientos sobre una determinada materia”14.

Una de las tareas esenciales de la Universidad es la búsqueda de la verdad que existe y que se quiere dejar encontrar. Es la verdad que hace grande al hombre, es la verdad que lo dignifica y lo transforma. Es la verdad que le da sentido a su vida. Es la verdad que le hace más agradable su existir.

Cada que se hace un descubrimiento, o se llega a una conclusión positiva o negativa, se desvela una verdad que quiere, en todo momento seducir, antojar al estudio y que cuestiona en una espiral sin fin. Ese es el misterio que insta a la investigación. El contacto con la verdad hace feliz al ser humano. Los testimonios son innumerables.

12 Ibid, No. 1.
13 Ibid, No. 4.
Lo importante es que en la Universidad Católica esa búsqueda de la verdad se entienda como la búsqueda de una Verdad que tiene su origen en el mismo Dios, que “Quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1Tim. 2,4). La investigación en la UPB es vista como la oportunidad para acercarnos a la Verdad, fuente de toda verdad. Y no es necesario hablar de verdades absolutas o relativas, temporales o eternas. Basta con saber que es una verdad que está dando respuesta a interrogantes del hombre de hoy. Eso sí, no se puede olvidar que hay verdades que tienen su origen en el mismo Dios, y frente a las cuales la misión de la Universidad Católica es servirlle mediante la profundización y la mejor comprensión de las mismas. En este sentido está escrito el documento de la Doctrina de la fe acerca de la misión de los teólogos en la Iglesia15.

En los tiempos modernos, en los cuales lo relativo parece primar, la Universidad Católica y Pontificia está llamada a ser esa servidora de la Verdad que realiza y llena de plenitud al hombre.

En la coherente y valiente relación de complementación entre la fe y la ciencia, se encuentra otro de los elementos diferenciadores de la Universidad Católica.

Hemos utilizado dos términos: coherencia y valentía. Sobre el primero, se ha hecho ya mención cuando se habla de la motivación de fe que anima a quienes hacen parte de la UPB. Sobre el segundo, es necesario que quienes conforman la familia de la UPB sean conscientes de que una Universidad como la nuestra, si quiere ser fiel a sus principios y a su Misión, debe ser “signo de contradicción”. Esto es, la UPB no existe para hacer y decir lo que los demás hacen y dicen. La UPB existe para servir a la Verdad, así ésta sea incómoda y suscite en muchos incomprensiones y preguntas.

La UPB debe buscar, en su investigación el bienestar de todos y el desarrollo de la sociedad, pero sin renunciar a los valores perennes que tienen su origen en los Evangelios. ¿Cómo no defender la vida y su dignidad en todos los estados de su existencia, desde la fecundación hasta la muerte natural? ¿Cómo no defender al hombre en el conocimiento, análisis y difusión de sus derechos? ¿Cómo no tutelar la familia, célula fundamental de la sociedad con los aportes que la academia ofrece? ¿Cómo no trabajar para crear ambientes saludables, integralmente

hablando? ¿Cómo no ofrecer espacios de servicios sociales a los más pobres y necesitados? ¿Cómo no enseñar a ser, a trascender, a aprender, a hacer y aún, a desaprender? En todo esto encontramos que sí es posible hacer de la Universidad Católica un lugar en el que se dé respuesta a las necesidades más apremiantes del ser humano, animada por la búsqueda permanente de la verdad, que libera.

Con todo esto, es importante saber que en la Iglesia, la existencia de instituciones de educación tiene una finalidad muy concreta. La Iglesia no busca con ellas solamente transmitir conocimientos o educar. Se sabe que esto, inicialmente, es responsabilidad de los Estados\(^\text{16}\), y que la Iglesia, subsidiariamente, la realiza como complemento y alternativa en el ámbito de la educación, o para llenar vacíos o ausencias del Estado en territorios alejados*.

Si bien la Iglesia pretende con la educación formar al hombre, su fin original es la evangelización. El Código de Derecho Canónico dice que “la ley suprema de la Iglesia es la salvación de las almas”\(^\text{17}\). Todo lo que la Iglesia realiza debe estar orientado al anuncio gozoso de la Buena Nueva de salvación, es decir, del Evangelio de Jesucristo. Por tanto, el fin de la Universidad Católica en cualquier parte del mundo, es la Evangelización de la cultura.

Resulta interesante esta conclusión de la Constitución *Ex Corde Ecclesiae* al respecto: “El hombre, en efecto, vive una vida digna gracias a la cultura y, si encuentra su plenitud en Cristo, no hay duda que el Evangelio, abarcándolo y renovándolo en todas sus dimensiones, es fecundo también para la cultura, de la que el hombre mismo vive”\(^\text{18}\).

Esa evangelización de la cultura, implica transformación, cuestionamiento, madurez. Evangelizar la cultura significa hacer el ejercicio de entrar en las entrañas del mundo, a manera de la voz de la conciencia, para mostrar –con libertad– el camino del bien y de la plenitud. Evangelizar la cultura no puede

---

* En Colombia la Iglesia ha tenido, y tiene todavía, una importante presencia en territorios selváticos como la Amazonía y el Chocó, o en la Guajira a través de la llamada Educación contratada o con la presencia de comunidades religiosas. En el Concordato entre Colombia y la Santa Sede se normalizan estas acciones.
confundirse con imposición de una fe. Todo lo contrario, la Universidad, orgullosa de su origen, comparte con los demás sus convicciones, que tienen asidero en la Revelación. A la Universidad Católica se pueden aplicar muy bien las palabras del apóstol Pablo, “Ay de mí si no Evangelizare” (1Cor. 9,16).

Hacer presente a Jesucristo, para la Universidad Católica, no puede ser algo impuesto, sino algo que surge de su fuente de forma natural. Todo lo que se haga o diga en la Universidad Católica, deberá estar permeado por el Evangelio. Y para esto no hay que hacer cosas extraordinarias. Hay que aprender en la Universidad Católica a hacer extraordinariamente, lo ordinario de la vida. “Como natural expresión de su identidad católica, la comunidad universitaria debe saber encarnar la fe en sus actividades diarias, con momentos significativos para la reflexión y la oración”19. Ese es el testimonio que es propio de la Universidad Católica. Sin embargo, junto a este estilo de vida, debe añadirse el anuncio explícito de la persona de Jesús, que no puede faltar.

Este anuncio en la Universidad Católica tiene como eje central la pastoral universitaria, que “concretiza la misión de la Iglesia en la Universidad y forma parte integrante de su actividad y de su estructura”20. Esta pastoral buscará integrar la vida con la fe, y hacer presente y sensible la persona de Jesús. Es una ayuda para que, quienes profesan la fe católica, participen activamente en la vida de la Iglesia; los no católicos, la conozcan, y los indiferentes se comprometan con ella. Hay todo un reto inmenso que la pastoral universitaria tiene entre manos.

La Universidad Católica entiende que no puede callar cuando se trata de hacer presente a Jesús y su Iglesia. Por eso tiene que ser creativa y debe presentar el mensaje evangélico con un nuevo ardor, una nueva expresión, y una renovada vitalidad. En los tiempos modernos, siempre habrá nuevas formas de hacer llegar a todos los hombres de buena voluntad esa Buena Nueva que el Señor predicó y con la que transformó el mundo.

Si la Universidad Católica, lo es por naturaleza, anunciar a Jesucristo es un honor que compromete. La UPB ha sabido hacer gala de manera indefectible de este anuncio.

19 Ibid, No.39.
20 Ibid, No 38.
III. EL TÍTULO DE BOLIVARIANA

La pregunta a la que se pretende dar respuesta en esta tercera parte, es ésta: ¿Cuál es el papel de la Universidad en los momentos especiales que atraviesa el país y el mundo? Muy en concreto, queremos aprovechar esta oportunidad para compartir todo lo que desde la Universidad Pontificia Bolivariana estamos haciendo para dar respuesta a las situaciones que se dan, y de las que la Universidad recibe no pocos coletazos, directos e indirectos.

Pero hay que tener en cuenta que en relación con el conflicto (que es la realidad que nos toca afrontar hoy en nuestro país), hay diversas modalidades, no siempre relacionadas con la violencia armada, que afectan la vida de la comunidad*. ¿Qué decir, por ejemplo, de los conflictos familiares, o académicos o laborales? En este sentido, queremos aproximarnos al concepto amplio del conflicto, que habrá de incluir, sin duda, el armado.

El marco de la reflexión, lo encontramos en el hecho de que la Universidad, desde su fundación, recibió el nombre de Bolivariana. Tratemos entonces de profundizar un tanto en lo que para la UPB significa el título de Bolivariana.

Históricamente, la UPB nace en medio de una violencia partidista e ideológica. Las directivas de entonces, los docentes y alumnos, no podían ser neutrales ante los conflictos de toda índole. El año de 1936 fue particularmente pródigo en cuestiones políticas. Dos hechos vale la pena subrayar: la promulgación de la reforma de la Constitución de 1886 y de la ley 200 o, “Ley de tierras”. Fue el tiempo en que las agrupaciones sindicales se consolidaron y se comenzaron a dar luchas para la conquista de derechos para los trabajadores. No estuvo exenta la lucha religiosa, justificada en el respeto y tutela de la libertad de cultos. En este ambiente nace la UPB.

Esta nueva institución de educación superior, nacida del corazón de la Iglesia católica, tenía mucho qué decir y hacer en situaciones de conflicto. La UPB nace llamada a ser instrumento de paz.

Es por esto por lo que los Fundadores de la UPB quisieron que, desde su origen, la nueva universidad tuviera unos elementos diferenciadores, aún más allá de la dimensión religiosa y católica, y con ellos, se distinguiera por su compromiso social y político. Aquí encontramos un primer indicio del por qué el nombre de bolivarianos.

Bien interesante resulta lo que el Proyecto Institucional de la UPB dice acerca de su ser bolivariano:

“El rótulo de ser bolivariana expresa la intención fundacional de crear una institución con sentido patrio, es decir, referido al origen de nuestra nacionalidad y a los ideales y pensamiento del Libertador Simón Bolívar”21.

Esto significa, entonces, que la UPB tiene vocación a la vida patriótica. Por esto mismo, la causa de la libertad está siempre presente, y hace parte del proyecto educativo. En la UPB se forma para la libertad, y no para la esclavitud; se forma para generar ciudadanos comprometidos e íntegros.

Como toda universidad, pero principalmente como institución que tiene en las raíces la savia del Evangelio, la Universidad católica está tomando cada día mayor conciencia de su ineludible papel en la acción social, y en la transformación de la misma sociedad.

En este mismo orden de ideas, la Constitución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, del Papa Juan Pablo II, hace una interesante anotación acerca del compromiso social y político de las Universidades Católicas. Veamos:

“El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser

 compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer. El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover ‘el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización’. La Universidad Católica siente la responsabilidad de contribuir concretamente al progreso de la sociedad en la que opera”22.

En este sentido, la UPB, que ha querido y quiere contribuir responsablemente al desarrollo de Colombia, se ha distinguido por:

1. Ser una institución de profunda vocación educadora. Desde su mismo nacimiento ha querido ser un espacio apto para impartir la educación superior.

2. Su clara dimensión espiritual y humanista en todos los programas.

3. Su sentido de pertenencia a una región y un país.

4. La formación en valores que ha distinguido y diferenciado a sus egresados. Entre los valores en los cuales se hace especial énfasis se encuentran: la búsqueda de la verdad y el conocimiento; la creatividad y la innovación; la pluralidad y la voluntad de comprensión; la solidaridad y la justicia; la legalidad y la honradez; la lealtad y el respeto; el compromiso con la paz y el desarrollo de la nación.

5. Su compromiso evangelizador. Aquí el anuncio del Evangelio, en un lenguaje juvenil, hace que la cultura universitaria adquiera un nuevo significado.

6. Una abundante y eficaz proyección social, ad intra y ad extra. Han sido innumerables los estudiantes de estratos sociales pobres que han podido estudiar en la UPB y actualmente estudian, muchos hijos de empleados de la

22 JUAN PABLO II., Op. Cit., No. 34.
Universidad. Sería impensable de otra manera, que hijos de empleados de servicios generales llegaran a ser médicos o abogados, o arquitectos, si no fuera por la acción social que se lleva a cabo en la Universidad. La sociedad toda quiere a la Universidad también por su proyección y servicio a las comunidades más necesitadas.

Estas acciones enunciadas, algunas de las múltiples que se llevan a cabo, permiten pensar en que la Universidad, cualquiera ella sea, está llamada a trabajar por la paz y la reconciliación.

Es de suma importancia, que se conozca lo que el Proyecto Institucional de la UPB dice acerca de la formación social:

“La UPB piensa la formación social como complemento de la formación integral, como fundamento para la construcción del sentido social de las profesiones y como aporte al desarrollo de la sociedad. En esta perspectiva, genera procesos formativos caracterizados por el respeto a la vida y a la dignidad, por la solidaridad, por la búsqueda de la convivencia social y del bienestar de las personas, según los principios del humanismo cristiano y el ejercicio de la caridad evangélica. Además, construye la identidad y el sentido social de las profesiones mediante proyectos de investigación y servicio social, y adelanta programas de proyección a la comunidad”

Siendo así, la Universidad, tiene una enorme responsabilidad frente a todos los tipos de conflicto. Mediante el estudio de la realidad, los alumnos deberán conocer más a fondo las causas que dan origen a esto, y a través de la investigación, deberán comprometerse con la búsqueda de alternativas para su solución. A través de la docencia, la investigación y la extensión, la Universidad realiza una labor de crucial importancia frente al conflicto. Es por esto por lo que si no se hace este ejercicio, la Universidad estará traicionando su fin original, que es aportar a la edificación de nuevas sociedades. El Papa Pablo VI acuñó la expresión “Civilización del amor”, como el ideal de la sociedad que todos deberemos alcanzar.

De hecho, en la historia de las universidades, éstas siempre han estado como entrelazadas en la historia de los pueblos a los que pertenecen. Por eso, la misión de la Universidad, entre otras, es la de ser faro, un referente para la equitativa gestión de las comunidades. Un ejemplo se puede encontrar en Salamanca, en donde la Universidad es la ciudad y la ciudad vive para la Universidad.

En la medida en que se logre que los egresados sean líderes honestos, personas de bien, en esa misma medida se está contribuyendo a la construcción de una sociedad distinta, humana.

He aquí el centro de la acción de la Universidad, la humanización de las relaciones. Como toda familia, la Universidad es una escuela de las relaciones. En ella sus integrantes aprenden no sólo las artes del saber, sino el arte de las relaciones. En el seno de las universidades hay normas, hay disciplina, hay proyectos organizados, hay libertad, pero a la vez, hay directrices que pretenden garantizar esa libertad, sin olvidar aquello de que la libertad de una persona llega hasta donde comienza la libertad del otro.

Así como “de la familia nacen los ciudadanos, y éstos encuentran en ella la primera escuela de virtudes sociales, que son el alma de la vida y del desarrollo de la sociedad misma”24, se puede decir también que la Universidad debe ser una de las principales escuelas de civilidad. Los miembros de las Universidades tienen derecho a ser formados en la verdad y la justicia. Ellos tienen derecho a aprender a juzgar la realidad, con madurez y objetividad.

La Universidad no puede dejar de formar ciudadanos probos. De hecho, los egresados ejercerán sus profesiones inmersos en la sociedad que ellos mismos, desde su situación de estudiantes, construyeron.

**El impacto:**

En los tiempos actuales, la Universidad colombiana no puede desconocer los grandes problemas que afectan el presente y el futuro de sus miembros: la desigualdad socio-económica que crece constantemente; la limitación cada vez

más aguda para el acceso a la educación superior de muchos; la desintegración familiar; el alto índice de desempleo al que se ven abocados los egresados profesionales, sin olvidar los atentados terroristas, los secuestros, la explotación, etc.

Los caminos:

Para salir al encuentro de estas problemáticas, causas ellas también de numerosos conflictos, se requiere de una alta dosis de creatividad y compromiso por parte de todos, en primer lugar del Estado, a quien le corresponde garantizar que los ciudadanos tengan la posibilidad de tener trabajos dignos y suficientemente remunerados, y a que el clima vital sea fraterno y pacífico. En segundo lugar a las mismas universidades, que deben tomar conciencia de que la formación que imparten debe ser con calidad, ofreciendo a los alumnos la posibilidad de aprender a defenderse ellos mismos en el ejercicio de sus profesiones, por ejemplo, a través del emprenderismo. Y en tercer lugar, a los estudiantes, que deben ser concientes de que el mundo y las realidades de éste han cambiado y que será necesario contar con una capacidad de trabajo grande y sin relativismos.

La responsabilidad de la universidad colombiana ante el conflicto es grande, y deberá centrar sus esfuerzos en la formación para las relaciones humanas. Aquí hay que darle un lugar de singular trascendencia a la comprensión, al respeto a las ideas y creencias de los otros y a la educación en la auténtica competencia. Es normal que en las instituciones se estimule la competencia, pero ésta debe estar regida por la ética, y el deseo de mejorar y de crecer, no a costa del otro, sino con el otro. Esto significa que las palabras envidia y egoísmo deben desaparecer en el conjunto de las relaciones comunitarias, para dar espacio a la solidaridad, la ayuda y el trabajo en equipo. Es necesario que se logre crear una cultura nueva, la de la mutua colaboración y la de la comprensión respetuosa, si se quiere responder, como es debido, al conflicto desde la Universidad. Es una respuesta preventiva y no curativa, la que debe predominar en la Universidad.

Sin embargo, las universidades colombianas tienen la posibilidad de intervenir el conflicto aún directamente a través de la investigación y la búsqueda de sus causas; el servicio a las comunidades más vulnerables a través de los practicantes, los consultorios jurídicos, las brigadas de salud, las jornadas educativas, etc.
Sabemos que las Universidades colombianas lo hacen, pero no se pueden quedar allí. Hay que volver a lo que antes se decía acerca de la necesidad de construir la civilización del amor, como responsabilidad de la universidad frente al conflicto. Y la primera civilización del amor, tendrá que ser la misma institución educativa.

**La síntesis:**

Nos parece con todo esto, que vale la pena volver a lo que en la UPB se pretende lograr cuando se habla del título de bolivariana. Aparte del sentido patriótico, al que antes se hizo referencia, en la UPB se hace énfasis en otros aspectos, con los cuales evidentemente se educa y forma para ser los constructores de la nueva civilización. En la UPB se pretende25:

- Incentivar el cultivo de los ideales bolivarianos: la opción por la libertad, por la justicia, por la paz y en general por los valores civiles.

- Privilegiar el sentido de pertenencia al universo global. Mientras no se tenga una mirada de mundo no se caerá en la cuenta de que los conflictos muchas veces tienen causas que van más lejos de nuestra fronteras.

- Cooperar en la construcción democrática de un orden social civilizado, justo y participativo, en la búsqueda de la equidad social y del desarrollo comunitario.

- Formar ciudadanos íntegros y líderes convencidos y comprometidos con los valores de la nacionalidad.

Esta educación en la UPB se asimila en el llamado “Espíritu Bolivariano”, con el se que se han distinguido, a lo largo de los años, sus egresados. Ellos han hecho gala de civilidad, en cuanto a su formación en valores, y han sabido sobresalir profesionalmente con denuedo y responsabilidad.

En la UPB de hoy, el título de Bolivariana es más que un título, es un estilo de vida, un modus vivendi, que lo distingue de los profesionales de las demás

---

universidades. Estilo de vida que va más allá de la forma: es su razón de ser como bolivariano. Ese estilo de vida lo compromete a trabajar por la búsqueda de la paz a través de la reconciliación. En Colombia, es menester vencer el conflicto con las armas del perdón, la justicia y la reparación. Estos son los ingredientes sustanciales de la reconciliación. Por tanto, el hecho de ser Bolivariana, implica para la UPB el compromiso de formar para la reconciliación, no para la venganza. Más aún, es formar para la paz por medio del respeto del derecho local e internacional. El bolivariano respeta la norma.

Dice el Papa Juan Pablo II en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del año 2004, que intituló “Un compromiso siempre actual: educar a la paz”, que “en este cometido de educar a la paz, se ve la urgente necesidad de enseñar a los individuos y los pueblos a respetar el orden internacional y a observar los compromisos asumidos por las Autoridades, que los representan legítimamente. La paz y el derecho internacional están íntimamente unidos entre sí: el derecho favorece la paz”26.

Ese modus vivendi, hace posible que se construya país desde lo cotidiano de la vida; con el trabajo responsable y el estudio hecho a conciencia. Igualmente, hace posible que los egresados hagan política, en el sentido amplio del compromiso con el bien común.

A modo de conclusión, en definitiva, la responsabilidad de la Universidad frente a las realidades concretas de la vida, radica en que ella trabaja con y para el hombre, y a ese hombre forma. Ese hombre que necesariamente hace parte de un conflicto permanente, que lo experimenta incluso desde el momento en que elige su carrera, pero que muchas veces hace parte de otros conflictos que le arrancan su paz.

Es por esto por lo que si para la Iglesia el centro es el hombre, para la UPB el centro de sus intereses y desvelos es igualmente el hombre, integral, todo, pleno. El hombre, que como ser social, está llamado a relacionarse consigo mismo y con los demás. Ese mismo hombre que desea ser parte vital de una sociedad que permanentemente se está construyendo y transformando.

26 JUAN PABLO II. Un compromiso siempre actual. Mensaje de su Santidad para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz. N° 5. 1° de Enero de 2004, s.p.i.
No se puede pensar que el futuro del hombre sea realmente bueno, si éste se encuentra aislado. La dimensión social es connatural a su ser. De allí que el universitario, y particularmente el bolivariano, fiel a su vocación de servicio, está llamado a interesarse por el hombre.

El Papa Juan Pablo II, dentro de su amplio magisterio social, se atrevió a hablar de la “ecología humana”. Nos parece bien interesante que se conozca más esta visión:

“Además de la destrucción irracional del ambiente natural hay que recordar aquí la más grave aún del ambiente humano, al que, sin embargo, se está lejos de prestar la necesaria atención. Mientras nos preocupamos justamente, aunque mucho menos de lo necesario, de preservar los «habitat» naturales de las diversas especies animales amenazadas de extinción, porque nos damos cuenta de que cada una de ellas aporta su propia contribución al equilibrio general de la tierra, nos esforzamos muy poco por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica «ecología humana».

No sólo la tierra ha sido dada por Dios al hombre, el cual debe usarla respetando la intención originaria de que es un bien, según la cual le ha sido dada; incluso el hombre es para sí mismo un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado.

Hay que mencionar en este contexto los graves problemas de la moderna urbanización, la necesidad de un urbanismo preocupado por la vida de las personas, así como la debida atención a una «ecología social» del trabajo”

Cuando en la Universidad colombiana se trabaje por poner en práctica esta propuesta, de seguro que se podrán dar respuestas a los conflictos presentes y futuros.

Un último desafío para la UPB:

Pero existe un reto todavía mayor: “Ser bolivariano” es un compromiso general para todas las universidades del país, conscientes de que hacen parte de una nación concreta que se llama Colombia, a la que debemos la vida y la nacionalidad.

Un país con las más grandes posibilidades de desarrollo, pero dominado por la voluntad de una minoría que desconoce de forma egoísta el bien común, aunque aparentemente sea éste el que quiera defender.

Desde la Universidad el conflicto se enfrenta con el amor a la vida, y el respeto a la verdad y a la legalidad. Estos amores se conocen y aprenden en la Universidad, que ha de ser, un lugar para la ciencia, la cultura y la paz.

Si estos elementos se unen de manera eficaz, es innegable que el conflicto, al estilo del gigante con pies de barro, ha de caer y despedazarse. Y para lograr esto se requiere tiempo y compromiso.

Es estupenda la exhortación del Papa Juan Pablo II en el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2004, que me parece, recoge lo que debe ser la educación en una Universidad que tiene dos nombres: Pontificia y Bolivariana. Dice el Papa:

“La Iglesia, en cambio, ha enseñado siempre y sigue enseñando una evidencia muy sencilla: la paz es posible. Más aún, la Iglesia no se cansa de repetir: la paz es necesaria. Ésta se ha de construir sobre las cuatro bases indicadas por el Beato Juan XXIII en la Encíclica Pacem in terris: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Se impone, pues, un deber a todos los amantes de la paz: educar a las nuevas generaciones en estos ideales, para preparar una era mejor para toda la humanidad”28.

---

28 Ibid, No. 4.
IV. EL BOLIVARIANO DEL SIGLO XXI

Quien haya hecho sus estudios en la Universidad Pontificia Bolivariana o esté vinculado a ella, debe ser:

- Una persona a quien la dimensión trascendente lo lleva a Dios y que le da un sentido especial a la vida, al descubrir en el otro la imagen de Dios, al hermano a quien es necesario ayudar y tutelar en sus derechos y a encontrarse a sí mismo en su dignidad de persona y sujeto de deberes y derechos.

- Una persona en quien han de brillar en todo momento los valores del humanismo cristiano, que tienen su origen en la Sagrada Escritura y en las enseñanzas de la Iglesia Católica.

- Una persona comprometida con el desarrollo de la sociedad, en quien la competencia profesional no eclipse la virtud de la humanidad.

- Una persona en quien la transformación social y humana sea la meta que busque alcanzar en todo momento. En la política y en cualquier campo en el cual el Bolivariano esté presente, debe ser testigo de la verdad, la justicia y la caridad.

- Una persona en búsqueda permanente de la calidad y la excelencia académicas.

- Una persona en quien el afecto a la UPB y a sus compañeros, sea característica sin par y quien nunca olvide que el Bolivariano está siempre listo para ayudar al Bolivariano.

- Una persona para quien la UPB sea su casa y anhele volver a ella con alegría.

Con la mirada puesta en el futuro, de la mano del Creador de todo, el Bolivariano debe distinguirse por su profunda fe en Dios, en sí mismo y en los demás, por su coherencia de vida, su competencia profesional y su compromiso solidario con los demás.

Finalmente, el Bolivariano ha de ser agradecido y reconocer que es un honor y un compromiso pertenecer a la comunidad de la UPB.
Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.
Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (4) 415 90 12 ext. 8114 o vía E-mail a mercalibros@upb.edu.co
Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, e-mail y número telefónico.